

CRONICA INFORMAL DE UN VIAJE ARQUEOLÓGICO A LOS ALTOS VALLES DE LA OVEJERIA

Antonio Beorchia Nigris

Especialmente invitado por el Dr. Juan Schobinger (gracias a cuyo sabio asesoramiento recorri durante tres lustros los valles de La Ovejera, del río Grande y del río Cardones, y escalé las cumbres de los nevados de Catreal o de Chuscha desde todos sus flancos), tuve el honor de poder integrar una nueva expedición arqueológica a los valles de La Ovejera en provincia de Catamarca.

Para la presente oportunidad limité mi aporte a la fotografía documental, como también a las anotaciones costumbristas, dejando a la Dra. María Constanza Ceruti y al Dr. Juan Schobinger la mucho más exigente responsabilidad de los trabajos de prospección arqueológica.

Por consiguiente, solo procuraré aquí dar a conocer gentes, sitios y vivencias que un arqueólogo profesional tal vez no describiría, por ser temas no específicos a su profesión.

Deberes arqueológicos nos conducen al valle de "El Cajón"

Paralelos a los famosos Valles Calchaquí, corren de Norte a Sur los no menos hermosos valles de La Ovejera y del Cajón. Estos últimos son poco conocidos a causa de las dificultades para ingresar a ellos, especialmente los meses de Noviembre a Marzo, cuando las lluvias producen súbitas crecidas inutilizando los caminos.

Y bien. Allá fuimos subvencionados por un Mecenaz porteño (¡ increíble en estos tiempos!), para realizar trabajos de prospección sobre los nevados de Chuscha, en una de cuyas cumbres fue extraída una momia incaica allá por los años de 1920.

*** **

Cuando poco más al oeste de Punta de Balasto abandonamos la ruta nacional N° 40, para trepar en un poderoso jeep 4x4 hacia el poblado de la Ollada, topamos al poco andar con el río Santa María - a la sazón salido de madre - y con la huella transformada en un infame lodazal.

El agua, si así se puede llamar, había invadido también los circundantes llanos, de manera que cualquier intento de desvío resultaba tan ineficaz como peligroso. Trabajamos horas con el agua a las rodillas, echando piedras y monte bajo las ruedas del vehículo, mientras la correntada, espesa como un chocolate, pasaba rauda transportando guano de llamas en suspensión mezclado a ramas y a la viscosa greda.

Al atardecer paramos en el puesto de Dionisio Gerban, un servicial trabajador de Vialidad de la provincia de Catamarca. Encontramos al hombre afligido por la pérdida de unas cuarenta cabras y ovejas, que una imprevista riada de aguas turbulentas, después de abrir un boquete en el cercano corral de pirca, las había sepultado quien sabe donde, bajo metros de lodo y de pedregones. La creciente había llegado a las mismas puertas de la modesta casa, ubicada en el centro de un amplio abanico de deyección, y ahora Dionisio cavilaba buscando una respuesta a su incierto futuro.

A pesar de tan graves problemas, la dueña de casa nos convidó una taza de mate cocido con rodajas de pan casero puestas en un solo plato, que degustamos con fruición.

Sentados al aire libre, junto a la única parra del lugar, nos entretuvimos admirando el atardecer, mientras un enjambre de chiquillos recibía de manos de Constanza Ceruti toda clase de golosinas.

En la paz de la oración, el cielo ya empezaba a colorear sobre el horizonte.

Más tarde retrocedimos unos kilómetros para hacer noche junto a la antigua capilla de Cerro Colorado, lejos de posibles inundaciones. El mismo Dionisio nos preparó para la cena una gorda tortilla de huevos fritos en aceite de olivas con harto ajo y cebollas picadas. El vino degustado al amor del fuego, y el pan casero, en esa cocina humosa alumbrada con luz de candil y velas, sabía a gloria e invitaba el fluir de las remembranzas.

En eso estábamos, cuando sobre el umbral de la puerta se cuadró un gaucho del lugar, con el infaltable sombrero alón en la mano izquierda, pañuelo floreado al cuello, camisa de trabajo, anchas bombachas, y alpargatas a los pies. Si bien aparentaba ser un hombre de mediana edad, por la poca luz de la cocina no pudimos observar en detalle su rostro, al punto que hoy no lo sabría reconocer.

El paisano saludó y esperó la invitación para entrar. Una vez obtenida, se ubicó en un ángulo de la pieza protegido por un cono de sombra, se apoyó con un hombro contra la pared, y así quedó, en silencio, observándolo todo sin ser casi observado. Recién después de alguna insistencia aceptó un vaso de vino y una rodaja de pan con tortilla.

Poco después, dos chiquillos suyos dueños de sendas melenas negras como la noche, hermosos en su tipo, entraron a pedir prestadas algunas velas.

"A ver - dije poniéndoles por delante un platazo de comida - ¡él que coma todo es el campeón!". Pero los niños solo picotearon algo y luego, uno con las velas, y el otro - mejor dicho, la otra, pues era una chinita - con el plato casi lleno, rumbearon hacia las casas distantes apenas un tiro de piedra de nuestro albergue.

Esa noche tendí cama al sereno bajo un retorcido algarrobo, entre cuyo espinoso ramaje la luna menguante dejaba entrever tenues luminiscencias. A su vez la Dra. María Constanza Ceruti, el Dr. Juan Schobinger y nuestro excelente amigo Don Cesar Bustamante de Santa María, con Pedro Lamas, prefirieron el abrigo de una rústica habitación a las incertezas que siempre dispensa dormir al descampado.

*** **

A pesar del nuevo sol, el valle amaneció cubierto de nieblas que se arrastraban lentas sobre los sequeadales, empujadas por una leve brisa, mientras dejaban a su paso miríadas de gotitas iridiscentes adheridas a las duras matas de las cortaderas o a las ramas de los arbustos xerófilos.

Cuando rumbéé hacia la cocina, encontré a Dionisio con el fuego encendido y el mate listo. Fue entonces cuando éste me deslizó casi al oído esta enigmática frase: "Anoche - dijo - mientras cenábamos, la señora del gaucho que estuvo con nosotros tuvo un niño. Las velas eran para ella, y el plato de comida los niños lo llevaron a la abuela, que es cieguita..."

*** **

Un día más de duro trabajo nos costó llegar hasta San Antonio del Cajón, ubicado en un ameno valle a tres mil metros sobre el nivel del mar, entre cardones pasacana, punzantes airamos y los coriáceos aibes(1) de las alturas.

San Antonio es un pueblo de unas trescientas almas. Lo conforman casas de adobes o de material de una sola planta, con sendos huertos cercados por paredes de pirca, acequias rumorosas, estrechas callejas de tierra, y un templo católico con dos torres blancas de estilo colonial andino. La luz eléctrica y el agua corriente allá se facilitan solo algunas horas diarias; en los últimos tiempos llegó también el teléfono, y, durante nuestra estadía, creo haber visto algún televisor encendido.

Tanto los valles del Cajón como los de la Ovejera, fueron antaño asiento de parcialidades indígenas que a finales de siglo XV llegaron a ser colonia incaica, como lo demuestran los muchos antigales existentes un poco en todas partes. Lo demuestran también los cardúmenes de chiquillos

nativos, de piel oscura, hirsutas melenas negras, ojos como carbones y típicas facciones norteñas, que con sus gritos y juegos animan los días de sol en esos parajes.

Nuestro chofer - me refiero al ya nombrado Cesar Bustamante, ex director de la escuela primaria de Cerro Colorado, y por consiguiente insuperable conocedor de la zona, hombre jovial, dinámico, excelente recitador de poemas gauchescos - nos condujo hasta la casa de don Reino Condorí, el cual no solo nos ofreció albergue, sino que consiguió reunir, en horas, los caballos y los aperos necesarios para trepar hasta la altísima abra de Cinco Cruces, en el mismo linde con el valle del río Grande o Guasamayo, distante dos jornadas de marcha desde San Antonio.

Cuesta arriba hasta la aldea de Ovejería

El sol acababa de teñir con sus luces cálidas las cumbres cercanas, cuando un fuerte mozo de San Antonio asomó por el callejón frontero a la casa de Condorí, conduciendo de tiro cinco caballos de silla y dos mulares de carga. Traía también algunas monturas criollas con dos albardas armadas a la ligera, para lo cual debió echar mano a quien sabe cuales antiguos aparejos, cascocs, mantas matras, pellones, estribos y demás elementos de montar.

Partimos a las once, con fuerte sol, río del Cajón arriba (2) siguiendo una u otra margen según lo permitía la quebrada.

Esa mañana yo iba montado en una yegua zaina-negra, fuerte, mansa, blanda de boca, herrada tan solo de las manos, que además cumplía funciones de madrina. Por la misma razón me vi obligado a marchar puntero toda la jornada, a fin de evitar desbandes de los animales.

Abandonando el río, una huella borrada a tramos por las crecientes nos condujo hasta la cúspide del abra Colorada (3.200 mts. s.m.), distante poco menos de tres horas de marcha desde San Antonio.

Existen allí dos apachetas de regular tamaño, donde aún hoy los lugareños depositan ofrendas y conceden un descanso a los caballos después de la larga subida.

El abra es amplia, muy suave para quien trepa desde el Sur, pero es abrupta para quien desciende hacia el puesto de Chaupi-Mayo con rumbo Norte.

Aprovechando la pausa para dar un resuello a nuestras cabalgaduras, don Reino Condorí depositó bajo las piedras de una de las apachetas algunas hojas de coca, reiterando así la antigua costumbre andina de ofrendar pequeños objetos al espíritu que mora en todas las abras o portezuelos. Lo mismo hizo nuestra Constanza con deferente unción.

Yo me limité a observar en silencio y a sonreír, pues si bien respeto todo rito o creencia religiosa, nunca conseguí dejarme atrapar por el hechizo de los ritos animistas andinos, a causa de lo cual quizás perdí hasta hoy trascendentes vivencias, junto a la posible comprensión íntima del porqué de tales ritos.

Media hora después nos detuvimos en el puesto llamado Chaupi-Mayo - propiedad de Reino Condorí - a comer un bocado.

Encontramos allí un paisano de voz baritonal, alto, delgado, pelo entrecano y tez oscura, padre de cuatro bellísimos niños. A la sazón nuestro hombre estaba solo, ya que ese domingo su mujer había bajado hasta San Antonio para asistir a Misa.

Don Santiago Suarez - ese es su nombre - por entonces vivía del cuidado de las ovejas, de las llamas y de las cabras que pastaban libremente hasta algunos kilómetros desde el puesto.

Roto el hielo de los primeros minutos, dividimos más tarde nuestra modesta vianda con él y con sus niños, los cuales, sentados junto a nosotros en el umbral de una oscura habitación, se deleitaban sacando cucharadas de duraznos en almíbar desde una lata recién abierta. El más grandecito alimentaba en la boca al más pequeño, o distribuía equitativamente una porción por vez entre los restantes dos hermanos, sirviéndose él por último.

Con otras dos horas de marcha divisamos al fin el cementerio de Ovejería, desde donde - abandonando el valle principal - doblamos por una quebrada estrecha que sube con rumbo noroeste. Luego continuamos al trote cuesta arriba, para adelantarnos al temporal que en esos instantes se iba cemiendo sobre toda la zona.

A duras penas conseguimos alcanzar en efecto las primeras casas, cuando gruesos goterones empezaron a caer cada vez más tupidos, hasta transformarse en recio aguacero.

Paramos junto a la capilla del lugar - un edificio con dos torres blancas - donde nos visitó doña Gregoria, la mujer de Mauricio Condorí (el mismo colla a quien conocí en el año 1992 y que tiempo después murió fulminado por un rayo), persona amable, gordísima, alta para su raza, madre de doce hijos y hoy portera de la escuela local. Esta buena señora nos abrió algunas habitaciones ubicadas sobre un patio central junto a la capilla, donde guarecimos los equipos y nos instalamos apresuradamente.

Más tarde Reino Condorí y yo condujimos nuestra tropilla hasta una vega cercana, maneamos todos los animales para evitar regresos nocturnos hacia la querencia, y por último entramos a la humosa cocina, donde nos esperaba una cena caliente.

*** **

Ovejería es una sugestiva aldea a 3.500 metros de altura sobre el nivel del mar, habitada por pocas familias de pastores.

Son gente hospitalaria, que vive en casas de adobes con cimientos de piedra, techos a dos aguas cubiertos con las duras gramíneas del altiplano, puertas y tirantería de cardón pasacana (3), luz de candil y ninguna de las comodidades a que estamos acostumbrados en nuestras ciudades. Cada casa consta en realidad de dos, tres o más habitaciones individuales, separadas entre si por estrechos pasillos, cada una de las cuales cumple la función específica de cocina, depósito o dormitorio.

Las casas ocupan el centro de un ameno vallecito surcado en toda su longitud por una extensa vega en declive, desde cuya base, remates o flancos, brotan suficientes aguas como para dar vida más abajo a un arroyo tributario del río de la Ovejería.

Como ya apunté, la capilla local posee dos blancas torres de estilo colonial-andino, semejantes a todas las del altiplano.

Un tiro de piedra aguas abajo de la capilla han construido la escuela primaria, hoy sombreada por algunos sauces plantados en un amplio patio interior encerrado entre muros de mampostería. Allí concurren anualmente una veintena de niños con régimen de pupilos, si la memoria no me traiciona. Son niños despiertos, respetuosos, tímidos, de piel trigueña, bellísimos ojos rasgados, negras e hirsutas melenas y el inconfundible aspecto físicos de todos los habitantes del altiplano.

Da gusto ver esas caritas redondas, con la piel agrietada por el sol y el frío de las alturas, mientras se amontonan para atisbar al visitante desde el vano de la puerta, con la cautivante curiosidad que le es propia.

El abra de Cinco Cruces (4.632 mts. s.m.)

Con excepción del Dr. Juan Schobinger (nuestro amigo se quedó en Ovejería para detectar posibles antigales, pero además a causa de una seria indisposición física), el día lunes 4 de marzo partimos hacia el abra Cinco Cruces (4), con los dos mulares de carga entreverados a la columna.

Cuarenta minutos después divisamos desde la alta senda de herradura, un puesto ubicado sobre la margen Oeste de río Cinco Cruces (5), sobre cuyas extensas vegas pastaban esa mañana algunos vacunos junto a varias llamas domésticas.

Allí el valle es ancho, verde, suave. Sobre sus orillas existen varios antigales que yo solo miré de paso, cuya descripción y filiación se hacen brevemente en el último capítulo del presente libro.

En el puesto encontramos un gallardo paisano - ataviado con prendas gauchas y sombrero salteño alón negro - quien en esos instantes acababa de ensillar una fuerte mula castaña para campear vacas hasta las mismas estribaciones de los nevados de Chuscha.

Ya que íbamos hacia una misma dirección, el joven gaucho ofreció acompañarnos hasta la boca de la quebrada del arroyo Cinco Cruces, donde recién nos separaríamos.

Sentadas a la solana, había allí una mujer con un niño en brazos junto a una muchacha veinteañera, quienes sin saludar ni moverse de sus asientos, se limitaron a lanzar furtivas miradas hacia nuestro grupo. La más joven mantuvo todo el tiempo la cara cubierta con la visera de una gorra, tal vez para evitar los rayos solares, o quizás por pudorosa timidez. Sin embargo ambas respondieron a nuestro saludo cuando partimos.

La quebrada sobre cuyo fondo rocoso se descuelga el arroyo Cinco Cruces es fragosa, áspera, de pronunciada pendiente en su primer tramo, cubierta por grandes pedrejones que dificultan el avance a los caballos. Más arriba se abre y transforma en un suave valle de origen glaciar tapizado de vegas, donde a la sazón pastaban algunas llamas.

Poco por sobre los 4.000 metros, el arroyo se bifurca conformando dos pequeños valles separados en su primer tramo por una antigua y baja morrena. Nosotros continuamos por el valle de la derecha (para quien sube), siguiendo la senda de herradura que rodea las laderas de los nevados de Chuscha Sur, trasloma a 4.600 metros el abra de Cinco Cruces y se descuelga con rumbo noroeste hacia los valles del río Grande o Guasamayo.

Durante la jornada vimos muchas ovejas y llamas, escasos vacunos y ningún yeguarizo. De la fauna autóctona, pisacas, tortolones y corraleros (6) hicieron oír sonoras protestas por nuestro paso a través de sus dominios.

A media hora de marcha del abra nos cruzamos por último con dos hijos de doña Gregoria - la señora de Ovejera a quien ya hice referencia - mozos de 20 y 12 años respectivamente, quienes iban montados en sendas mulas y se veían arropados como humitas (7) con prendas de lana superpuestas que solo les dejaban al descubierto los ojos. Después de intercambiar las novedades de rigor, nos despedimos de ambos y en breve alcanzamos la ancha cúspide del abra.

Mi G.P.S. señaló para ese lugar una altura de 4.632 metros, con las siguientes coordenadas: 21° 11' 38" de latitud Sur y 66° 15' 36" de longitud Oeste.

Una vez en el abra, María Constanza secundada por Pedro Lamas levantó un croquis de la gran apacheta con sus pircas anexas, mientras yo recorría y fotografiaba el lugar.

Solo diré dos palabras respecto a dicha apacheta, recomendando el informe de la Dra. Ceruti a quien desee conocer mayores detalles.

Como decía, la apacheta de Cinco Cruces es muy notable en cuanto a su forma y dimensiones: se trata de un cuadrángulo irregular levantado con piedras del tamaño de un puño cerrado, o mayores, color blanco unas pocas (¿cuarzo?) y material del lugar las más. Mide 1,10 metros de altura máxima sobre el nivel del piso circundante; 8 x 12 pasos sus lados. El eje mayor, visto desde una pirca ubicada unos 200 metros desde la apacheta sobre un ancho y suave filo del cerro Negro de Catte (o sea mirando desde el Sur), presenta un ángulo de 220° con respecto al Norte magnético.

Cinco pequeñas columnas irregulares de piedras superpuestas, altas menos de un metro, recuerdan la muerte de otros tantos arrieros acaecida a principios del siglo XX a causa de una tormenta, si debemos dar crédito a los informes verbales que me diera el "médico" don Leocadio Guitian (62) nacido y criado en la zona del real de Tolombón.(8)

No dejaré pasar la oportunidad sin apuntar un curioso detalle observado sobre la misma abra de Cinco Cruces: en efecto, cuando alcanzamos la apacheta, cuatro hermosos halcones hicieron otro

tanto, pero una vez arriba toparon con el ventarrón que subía recio desde los valles del río Grande. Allí permanecieron algún tiempo como suspendidos en el aire, sin conseguir avanzar, y por último viraron ciento ochenta grados para desaparecer a velocidad pasmosa cuesta abajo. Solo uno se asentó en las inmediaciones de la apacheta, y allí quedó algunos minutos mirándonos, con el plumaje revuelto por las continuas ráfagas y los grandes ojos atentos.

Poco después tres cóndores de blanco collar voltearon sobre nuestras cabezas en el vano intento de proseguir hacia el Norte, para desaparecer poco después en la misma dirección que los halcones.

Pronto el tiempo se puso malo.

Oscuras nubes subieron desde los valles del Norte con un constante remolino de fuerzas contrapuestas, hasta que, resultando vencedor el viento norteño, se abalanzaron como una avalancha oscura hacia el valle de la Ovejería.

Tronó el cielo, y sus estallidos retumbaron de eco en eco hasta apagarse en insondables lejanías. El aire, cargado por la electricidad estática, parecía vibrar.

Así las cosas, solo nos quedaba la opción de acampar lo más cerca y lo más rápido posible.

Descendiendo en faldeo por las laderas sudoeste de los nevados de Chuscha, a 4.400 metros de altura descubrimos una diminuta vega donde brotaba un pequeño manantial. Dada la premura que las circunstancias exigían, descargamos, desensillamos, maneamos, y ya libres, procuramos dar un aspecto racional a nuestro precario campamento. Aclaro que el plan primitivo era dejar lo más alto posible a Constanza con Pedro, mientras Reino y yo bajaríamos hasta un sitio confortable, y desde allí subiríamos nuevamente la tarde del día después en busca de nuestros amigos. Pero las circunstancias desbarataron nuestros planes.

No abundaré en detalles: llovió, granizó, nevó - en ese orden - durante toda la noche. Constanza y Pedro ocuparon una carpita unipersonal que ella traía; Condori se ubicó como pudo en otra de iguales dimensiones, pero rota, y a mi no me quedó otra alternativa que tender cama al aire libre.

Como supondréis, horas después estaba hecho un pingajo, tapado en nieve, con la bolsacama y las ropas mojadas, tiritando a más no poder, al borde de la hipotermia.

Pues bien: Constanza y Pedro tuvieron que hacerme lugar donde no cabía una brizna de pasto más, y así, entre chistes - necesarios para no dramatizar el momento - pasaron las horas hasta el nuevo heladísimo amanecer.

Retorno a Ovejería

Recién caigo en la cuenta que no presenté al excelente compañero y andinista, el Sargento Ayudante don Pedro Antonio Lamas (42).

Subsano el olvido: Pedro nació y crió en el altiplano salteño, junto a los extensos salares de San Antonio de Los Cobres, teniendo a la vista desde niño los sagrados volcanes de los Incas. Gracias a su constitución física y apropiada aclimatación, a grandes alturas se mueve como el pez en el agua. De mediana estatura, rasgos típicos, afable en el trato, carácter algo introvertido, nuestro Pedro Antonio Lamas acompañó durante muchas expediciones a la Dra. Ceruti, desempeñándose siempre con extrema capacidad y prudencia. Por tanto no es de extrañar que estuviera presente también en esta nueva patriada, y, si el buen Dios lo permitirá, tal vez lo volvamos a encontrar sobre otros muchos nevados.

Bien, subsanado el olvido, sigamos.

Como decía, todas las laderas amanecieron cubiertas por una capa de unos 20 centímetros de nieve o por costrones de hielo. El frío calaba los huesos. Mientras Pedro procuraba calentar café sobre un hornillo de gas ubicado al reparo de unas rocas, yo intenté recuperar la temperatura normal del cuerpo mediante algún leve ejercicio. Por entonces ya tenía insensibles manos y pies, las ropas mojadas, y sentía un peligroso entumecimiento en todo el cuerpo.

Las circunstancias me obligaban a tomar una decisión rápida, y la tomé.

Después de encomendar a Reino y a Pedro las tareas inherentes a los animales de silla y de carga, partí cuesta abajo casi al trote, sin esperar el café, con una mochilita de ataque y los elementos de fotografía a cuestas.

Recién una hora después recuperé mi temperatura normal.

Con el nuevo sol todas las laderas empezaron a rezumar agua; regueros barrocos escurrían hacia el valle transportando tierra o guano de llama; allá abajo el arroyo engrosaba a ojos vista, despeñándose en sombrías gargantas con ruido de aguas revueltas.

Una vez alcanzado el valle inferior, di con las dos chozas de Corral Negro, y poco más abajo divisé al lugareño don Agustín Corregidor (64), pastor de llamas, a quien había conocido durante la expedición de 1992.

Agustín si bien pasó casi a mi lado, fingió no verme, para darse tiempo y acostumbrarse poco a poco a la novedad de mi presencia. Como siempre, calzaba gruesas ojotas con suela de goma, y alrededor del cuello llevaba enrollada una honda de lana. Cuando después de un tiempo prudencial lo llamé, a primera vista no me reconoció - o fingió no reconocirme - y solo después de haberle refrescado la memoria con algunos detalles de nuestro anterior encuentro, se dio por enterado.

Roto al fin el hielo, compartimos como buenos amigos algunos caramelos con las pocas pasas de uva que aún me quedaban en los bolsillos.

El río mientras había salido de madre, fraccionándose en infinitos regueros hasta cubrir vegas y pedregales. ¡Y había que cruzarlo!. Buscamos con diligencia un vado poco torrentoso, y, una vez ubicado, tomados de una mano, ayudándonos con sendos cayados de fortuna, encaramos la correntada hasta conseguir salir airosos a la otra orilla. Ahí, sentados ambos sobre piedras lisas, me entretuve estrujando las medias de lana y escurriendo los borcegués, mientras Agustín volvía a calzar sus ojotas.

Puesto que mi acompañante debía regresar a sus llamas, le regalé en son de despedida la gorra de abrigo con la cual dos años antes yo había reeditado a caballo las rutas patagónicas de Musters.(9)

Alcancé Ovejería una hora después, con una rodilla dolorida, bastante cansado.

Afortunadamente el Dr. Schobinger se había restablecido de su dolencia; estaba además muy satisfecho por unas observaciones arqueológicas efectuadas durante nuestra ausencia.

Los demás llegaron a media tarde. El atraso se debió a que Constanza y Pedro decidieron subir el Chuscha Sur a pesar de la nevada. Alcanzaron en efecto los 5.100 metros de altura, donde el espesor de la nieve no les permitió proseguir.

*** **

Después de visitar las ruinas cercanas al puesto de Ariel González (que habíamos avistado durante la subida al Portezuelo), identificadas como un importante tambo incaico por Schobinger y Ceruti, ambos arqueólogos dieron la orden de partida hacia San Antonio. Era ya la tarde y por consiguiente el río del Cajón estaba crecido y los cruces a realizar eran muchos. Sucedió que en uno de los últimos vados el caballo de Constanza perdió pie; para mantener el equilibrio dio un corcovo y nuestra joven Doctora se desestabilizó quedando aferrada al cuello del animal, con un pie enganchado al estribo derecho.

Oyendo gritos de auxilio, salté desde mi yegua al suelo, regresé corriendo al agua, conseguí agarrar el sillero de las riendas, y, ya con la situación bajo control, ayudé a Constanza a subir nuevamente a la montura. Ella no estaba asustada, porque tal vez aún no asumía el peligro corrido. En efecto, de haber caído al río cabeza abajo, con una bota de montaña enganchada al estribo, las consecuencias podrían haber sido serias...

Llegamos a San Antonio entrada la noche: perros ladrando, raras luces en las esquinas, callejas estrechas y ningún transeúnte.

Una vez en casa de Condorí nos atendieron a cuerpo de rey. Cenamos carne de llama asada, ensaladas varias de su huerta aliñadas con aceite de olivas, postre en lata y buen vino.

En atención a nuestras personas, el encargado de facilitar la electricidad al poblado mantuvo los motores encendidos una hora extra.

Tradición gaucha y fiestas religiosas se amalgaman.

La mañana del 7 de marzo, el padre Demetrio Giménez (español, 38 años de edad, alto, frente espaciosa, facciones agradables, hablar culto), concluía con el oficio de una Misa gaucha la novena organizada en honor a San Antonio de Padua, patrono del lugar.

Al tercer toque de campana, yo también me dirigí a largos trancos hacia el templo, el blanco de cuyas dos torres descollaba sobre un entorno de verdes huertos y bajas viviendas color greda.

Cuando llegué, la única nave del edificio estaba atestada de fieles. Sobre el ala derecha, junto al coro, se habían reunido los integrantes de la Agrupación Gaucha local, compuesta por una treintena de personas de ambos sexos y diferentes edades. Las paisanas vestían de cacharpaya (10), con sus trenzas negras que les descendían hasta media espalda y las largas polleras de vivos colores que les cubrían los tobillos, mientras los hombres ostentaban el poncho rojo salteño doblado sobre el hombro derecho.(11)

Todos los gauchos con sus chinas comulgaron; yo con ellos.

Concluida la Misa, la comunidad inició la procesión, llevando en andas cuatro imágenes de santos adornadas con flores de papel. Marchaban de a seis, hasta de a ocho en fondo, al compás de tres tambores ubicados frente a la columna. Seguían los gauchos, a pie, con la bandera patria al viento; luego venían las imágenes, atrás el sacerdote, y por último los fieles. La columna avanzó algunas cuerdas, entre cánticos y el redoblar de los tambores, para finalmente regresar a la plazoleta frente al templo.

Allí, unos veinte varones con unas pocas mujeres se alinearon delante de la fachada del templo, conservando siempre en alto las andas, mientras los gauchos se alejaban en busca de sus caballos, dejando oír mientras marchaban un sonoro tintinar de espuelas. A su vez el mujeraje con los niños se ubicó a la sombra de algunos eucaliptos, esperando el desfile.

Cuando redoblaron los tambores, desde una esquina de la plazoleta surgió un primer jinete al galope tendido, para cruzar frente a los presentes y desaparecer a toda furia en la próxima esquina. Otros siguieron del mismo modo, con los ponchos rojos al viento y las alas del guardamonte guasqueando contra los costados del caballo.

Recién concluida esta primer representación, caí en la cuenta que tan soberbios jinetes eran solo jovencitos o niños-gauchos.

Del mismo modo se presentaron luego los adultos: adelante cabalgaba un gaucho con la Bandera Patria flameando en el sol del mediodía; lo seguía el arrogante gauchaje, vestidos todos con sus mejores galas, y cual escolta de la Bandera, iban dos magníficas paisanas, ataviada de amarillo-oro una, de celeste y blanco la segunda.

También ellos galoparon tres vueltas alrededor de la plaza, y, una vez finalizada la carrera, se alinearon dando ancas al público, de manera que entre ellos y los hombres con las andas, vinieron a formar una amplia elipse, cuyo centro lo ocupó el presidente de la Agrupación para leer una interesantísima acta, donde se enumeraban hasta las donaciones de la gente para el almuerzo que seguiría.

Gracias a esta pausa, pude obtener algunas buenas fotos de los concurrentes. En esa tarea estaba, cuando de pronto detuve el zoom de 300 milímetros sobre el rostro de una de las paisanas.

¡Que bonita se veía en su sencillez!

¡Que expresión más cándida la de su rostro!.

Ovalada la cara, los ojos, negros, rasgados; perfecta la dentadura. Una crencha le partía en dos bandas el pelo lacio, que descendía en dos largas trenzas hasta los incipientes pechos, rematada cada una con cintas rojas y blancas. Un collar de perlas de fantasía dispuesto en tres vueltas, le adornaba el cuello bien formado. Las amplias polleras del vestido, color amarillo oro, cubrían como un abanico el entero lomo del lobuno - desde las crines a la cola - sin dejar asomar ni siquiera los pies de la moza, que iba montada sobre silla de mujer, como corresponde a toda paisana recatada.

Me detuve un rato, acariciándole el rostro desde lejos a través del lente de la máquina, pensativo.

"¡Quién tuviera treinta años!", me dije al fin, con un suspiro de resignación.

Nos invitan a un almuerzo comunitario

Una vez acabada toda la ceremonia, el padre Demetrio nos invitó al almuerzo de la comunidad, "porqué - dijo - aquí se acostumbra que todos participen, sean o no conocidos".

El salón parroquial era sobrio. En un patio interno, varias mujeres con algunos gauchos se atareaban junto a las parrillas con carne de llama y de cabrito, o cuidaban un espectacular loco que borbotaba quedamente en una robusta olla de hierro fundido, lanzando al aire invitantes nubecitas de vapor. Al interior de una pieza, algunos mozos y mozas despachaban bebidas.

Nosotros nos dirigimos hacia la larga mesa donde el padre Demetrio nos concedió el honor de sentarnos junto a él y al presidente de la Agrupación Gaucha.

Ahí no se escuchaban altavoces ni estridencias: el propio regocijo cada cual lo manifestaba con risas quedas o por la expresión risueña del rostro. La gente hablaba bajito, con respeto. No había bebidas alcohólicas sobre la mesa, solo un modesto jugo artificial de frutas. No porqué no gustaran de un vaso de vino, sino por la situación económica de los presentes.

Dándonos cuenta de ese detalle, adquirimos un cajón de cerveza y distribuimos las botellas equitativamente. ¡Aplausos!... por tan poco.

Resultó que el padre Demetrio no solo se interesaba de temas arqueológicos, sino que poseía y había leído algunas obras de los Dres. Schobinger y Ceruti, ambos allí presentes. Para qué les cuento: nos sentimos enseguida como en casa.

Más tarde hubo brindis, palabras nuestras de agradecimiento hacia tan cálida comunidad, y, a la hora de la despedida, muchos abrazos por parte de los amigos gauchos, a quienes dejé el saludo y el aliento de la Confederación Gaucha Argentina, a la sazón representada por mi persona.

Cuando partimos hacia Santa María, era una radiante tarde de sol.

Don Reino Condorí con su mujer e hijos salieron a la puerta de casa con una mano en alto, en señal de despedida, para gritarnos mientras nos alejábamos la familiar frase: "¿Y - dijeron - cuando volverán?".

NOTAS

- 1) **Airampos**, pequeñas cactáceas; **aibes**, pastos duros de las alturas (*Stipa papposa*)
- 2) Existe una excesiva profusión de nombres para cada tramo superior del río **Santa María**. Partiendo desde su fuente más alejada, toma en efecto los siguientes nombres: **Río Chuscha**, **R. Ovejería**, **A. del Cajón**, **R. Toroyacu**, **R. Cerro Colorado**, **R. Saladillo**, y recién unos kilómetros antes de alcanzar Punta de Balasto, se conoce por **Río Santa María**. Esta profusión de nombres en un tramo lineal de solo cien kilómetros, a mi entender solo sirve para crear confusión. Sin embargo así figura en los mapas y así lo dejaremos nosotros.
- 3) **Cardón Pasacana** (*Trichocereus pasacana*). Estos cactus columnares alcanzan alturas de hasta diez metros. Son propios del altiplano, prosperando a alturas superiores a los 3.000 mts. Facilitan una madera de unas dos pulgadas de espesor, cuya superficie presenta los característicos alvéolos o celdillas que la rinden muy liviana. Desde el punto de vista arqueológico, los indígenas del altiplano usaron sus espinas a manera de agujas para costuras, como también para fabricar peines llamados "**sejraña**". En la zona del salar de Uyuni (Bolivia) los cardones pasacana se conocen con el nombre de **jach'a q'iru**, o sea "palo inmenso", y también **wanq' ara**. Sus frutos son comestibles. (Para mayores detalles ver: Roberto Kiesling: "El Género Trichocereus en Argentina" - DARWINIANA - tomo 21, N° 2 - 4, 1978 pag. 263 y sig.)
- 4) **Abra Cinco Cruces**: La carta topográfica del I.G.M. "OVEJERIA" - hoja 2766-3 - Escala 1 : 100.000 - Ed. Abril 1992, identifica este portezuelo con el topónimo de "El Portezuelo". Localmente nadie lo conoce con dicho nombre.
- 5) **Río Cinco Cruces**: es tributario del río de la **Ovejería** juntamente con los ríos **Salado**, **Chuscha**, **Shuri Ciénaga**, y otro curso menor sin nombre oficial, proveniente desde las **Lag. Bravas** y cerro **Pabellón**. En conjunto conforman una amplia cuenca hídrica alimentada por los nevados de **Chuscha** y la sierra de **Quilmes** o del **Cajón**.
- 6) **Pisacas**, **tortolones**, **corraleros**: las primeras son gruesas perdices de alta montaña cuyo canto, según mentas, anuncia la llegada del viento Zonda, muy helado en los altos páramos. Los tortolones semejan palomas domésticas, en cuanto al aspecto y al tamaño; son aves muy bullangueras; los corraleros (*Thinocorus orbignyanus*), son conocidos con este nombre onomatopéyico por el canto que emiten durante las noches andinas mientras vuelan en círculos sobre las vegas. "Corral... corral... corral..." es su grito.
- 7) **Humita**: comida criolla a base de choclo rallado. El relleno previamente frito, se envuelve con hojas de choclo llamadas "chalias", superpuestas por sus orillas y dobladas por sus extremos, hasta formar una especie de empanada o paquetito hermético.
- 8) **Real de Tolombón**: puesto a 3.900 metros sobre el mar, sobre las faldas meridionales de la cumbre principal llamada **Chuscha**. En este "real" fue velada la "Momia de Los Quilmes" o "Reina del Cerro" (con estos nombres se conoció a la momia de los nevados de Chuscha) hacia el año 1920.
- 9) **George Chaworth Musters**: marino inglés quien entre los años 1869 y 1870 recorrió la Patagonia con la tribu tehuelche del cacique Orkeke. Juntamente con alpinistas vascos e italianos, reeditamos por primera vez la expedición de Musters en 1999-2000, con un recorrido a caballo de unos 3.000 kilómetros.
- 10) **Vestir de cacharpaya**: vestir con las mejores galas. La **cacharpaya** es una fiesta que los gauchos organizan para despedir a un viajero o para otros fines importantes.
- 11) Estos ponchos aún presentan dos listados negros con la flecadura del mismo color, en señal de luto por la muerte del héroe de la Guerra Gaucha contra las tropas realistas: el legendario General Martín Güemes.